

Los dos trajimos a esta tierra bella
Un sueño y un amor; algo de canto
En la voz juvenil, y algo de estrella
En ti de gloria, para mí de espanto.

Cantor y actor —son formas encarnadas
De tan íntimo ser, que el uno brilla
Con fuego del otro— así enlazadas
Mis palmas vi con tu feraz Castilla.

Joven tú, joven yo, los dos lejanos
De una tierra infeliz, presto supimos
Cuán pronto enlaza el corazón las manos,
Librando al par la tierra que perdimos.

Tú esperas: yo no espero.— Tú confías
En porvenir mejor: yo miro al cielo—
Han de venir los venturosos días
De espacio claro y de incansable vuelo.

Hombre en la tierra, mi deber concibo:
Nadie hará más: luchando como bueno,
Yo arrastro el muerto, semejando un vivo,
Y espero el fin, indómito y sereno.

Tú no: tú marcha. Andar es la victoria,
Andar dejando por la Tierra huellas—
Aún tiene auroras la soberbia Gloria:
El mundo de la Fama aún tiene estrellas.

Sube sin miedo, y si su rostro airado
El cielo a tu soberbia da un castigo;
Ven sin temor, tu marcha no ha cesado:
Cuértales en brazos de tu amante amigo.

En *El Eco de Ambos Mundos* (23 de mayo) aparecieron los versos que Martí consagró a Carmen tres días antes. También son desconocidos y vienen a prenderse en este relato como piedras preciosas flamantes. ¿Quién era esa Carmen? Creo que se trata de Carmen Zayas Bazán, quien más tarde casó con Martí en la ciudad de México. Se nota que Martí fué colaborador asiduo de *El Eco de Ambos Mundos*. En aquel año ya brillaba en toda su gracia singular Rosario de la Peña, la musa encantadora en cuya casa tertuliaban los mejores ingenios —viejos y jóvenes— de aquella brillante época literaria. Rosario de la Peña, a quien Manuel Acuña dedicó el célebre *Nocturno*, embrujó con sus ojos al genio cubano y hay toda una documentación epistolar que lo comprueba. Pero fué Carmen la que logró llevarle hacia el altar y quien le inspiró, a buen seguro, estos versos que son ya la aparición precisa de una nueva luz en la poesía americana:

C A R M E N

El infeliz que la manera ignore
de alzarse bien y caminar con brío,
de una virgen celeste se enamora
y arda en su pecho el esplendor del mío.

Beso, trabajo, entre sus brazos sueño
su hogar alzado por mi mano; envidio
su fuerza a Dios, y, vivo en él, desdeño
el torpe amor de Tíbulos y de Ovidio.

Es tan bella mi Carmen, es tan bella,
que si el cielo la atmósfera vacía
dejase de su luz, dice una estrella,
que en el alma de Carmen la hallaría.

Y se acerca lo humano a lo divino
con semejanza tal cuando me besa,
que en brazos de un espacio me reclino
que en los confines de otro mundo cesa.
Tiene este amor las lánguidas blancuras
de un lirio de San Juan, y una insensata

potencia de creación, que en las alturas
mi fuerza mide y mi poder dilata.

Robusto amor, en sus entrañas lleva
el germen de la fuerza y el del fuego,
y griego en la beldad, odia y reprueba
la veste indigna del amor del griego.

Señora el alma de la ley terrena,
despierta, rima en noche solitaria
estos versos de amor; versos de pena
rimó otra vez, se irguió la pasionaria

de amor al fin: aunque la noche llegue
a cerrar en sus pétalos la vida,
no hay miedo ya de que en la sombra pliegue
su tallo audaz la pasionaria, erguida.

Ignacio Ramírez, Ignacio Altamirano, Justo Sierra, Guillerme Prieto, Manuel Gutiérrez Nájera, toda una constelación de escritores pudo servir de escenario magnífico a Martí, quien ya sacudido por el fuego de la rebeldía cubana, supo encontrar equilibrio intelectual en la a'tiplanicie mexicana. Todos los que le conocieron le admiraron y muchos le amaron. Porque tenía esa distinción que el genio confiere a los hombres privilegiados, a los que, como él, han tenido una gran misión sobre la tierra, y pasaron por ella con la mente y el corazón en llamas. Se podría escribir un libro en el que constasen los recuerdos de todos los que en México gozaron del encanto de su amistad y de su cálida simpatía humana. En ese libro no podrán faltar las evocaciones que de él hizo Justo Sierra cuando le vió transfigurado en la muerte; ni tampoco lo que de él dijeron Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, el que escribía con el pseudónimo "Monaguillo" y que al saber la tragedia de Dos Ríos, escribió una breve semblanza para *El Universal* del 24 de marzo de 1895, una página que la gran mayoría de los martianos desconoce y cuyas primicias quiero revelar:

"Conocí a Pepe Martí hace pocos meses, en la redacción del *Partido Liberal*. Me presenté a él mi inolvidable Gutiérrez Nájera. Tengo una impresión muy profunda de aquel hombre de mirada vivaz y ardiente, frente amplia —que me recordó aquella frase de Víctor Hugo: "Mucha frente en un semblante es como mucho cielo en un horizonte", nervioso e inquieto. La palabra sale de su boca revuelta y desordenada; las ideas se le atropellan, parece

que están constantemente de prisa, que se están siempre despidiendo. Sabía yo la existencia bohemia del incansable revolucionario, su peregrinación a través de la América Latina, su ir y venir continuo; temperamento de luchador, los obstáculos lo enardecen más y más; semeja creado para habitar en la región de las tempestades; hay mucha electricidad en aquel sistema nervioso y grandes reservas de energía en este espíritu apasionado y vehemente. Había leído su prosa incisiva y nerviosa y algunas de sus poesías un tanto desordenadas y febriles, pero espontáneas e inspiradas. ¿Por qué no decirlo? Martí se me apareció como un caso clínico, un espécimen más que agregar a la obra de Lombroso. De estos neurotismos agudos surgen los profetas y los mártires, los héroes y los malvados. Yo creo que en los ideales hay que poner pasión y que la pasión es la materia prima de un Guitteau o de un Francisco de Asís. Acaso la virtud y el crimen no se hallen tan divorciados como piensan los moralistas y tenga el poeta razón al decir: "Que siendo las virtudes vicios cortos, los vicios son virtudes alargadas".

"De todos modos, Martí es, hoy por hoy, el personaje de la temporada. Se le supone en Cuba, azuzando el movimiento revolucionario, tremolando su estandarte de guerra, haciendo vibrar su palabra ondulante y en zigzag rápidos como los culebros de los relámpagos en una tormenta estival. Y en tanto la lucha prosigue y los verdes campos se tornan rojos de sangre y al canto de las aves se mezcla la queja de los heridos y el estertor de los moribundos. ¡Es un poco triste en ocasiones esta cómica tragedia de la vida!"

Aquí está lo que he podido encontrar al seguir las huellas de Martí en la prensa mexicana de su tiempo. Me ha regocijado sorprender las huellas de su pluma en anónimos sueltos de información, fácilmente identificables como suyos al sólo conocer los temas y el acento de su estilo. Ceñido por su amor a la grande América que supo construir en sus sueños y que ahora es para él realidad de gloria, derramó su tinta sobre el papel inviolado para recrear figuras que reverenciaba en el silencio y llenárlas de esa luz prodigiosa que sigue estremeciendo las sienas de su estatua, conteniendo el pulso acelerado de la respiración.

En Washington, D. C. Octubre de 1919.

ECOS Y REFLEJOS

Dedicatorias de MARTÍ

Por Félix LISAZO

(En *Rep. Amer.*)

Rafael Heliodoro Valle, el alerta americanista que desde los periódicos de México nos tenía al tanto de cuanto sucedía en aquel país, en los predios de la cultura americana, no ha dejado de lado su actividad, no obstante su elevada posición actual como Embajador de Honduras en Washington. Por el contrario, sus frecuentes envíos de notas o recortes nos dicen que su papel ha sido, y seguirá siendo, el de vigía del mejor americanismo, y raro será el escritor, periodista o artista, que no tenga que agradecerle un testimonio de interés o de penetración.

Lo que ahora nos llega es un sencillísimo mensaje, en una página de *Novedades*, que ha sido por muchos años su tribuna, donde en lápiz rojo viene señalada esta simple noticia:

"Andrés Henestrosa acaba de adquirir un ejemplar de la primera edición de los *Versos Sencillos* de José Martí. El volumen contiene esta dedicatoria: "A Manuel Gutiérrez Nájera, marfil en el verso, en la prosa seda, en el alma oro, de su *José Martí*".

Eso es todo. Y, sin embargo, cuántas reflexiones suscita este recuerdo.

Primeramente, habría que preguntarse qué periodismo en ese, que tiene interés en recoger una simple dedicatoria de Martí, en un libro hallado por un joven escritor mexicano. Y nos preguntaríamos también cuántos de nuestros periódicos, o aun revistas, darían importancia a un hallazgo como ese, desde el momento en que no se trata de la información que conmueve la sensibilidad vigente de nuestros lectores, es